

MARTÍNEZ DE NAVARRETE, FRAY MANUEL DE (1768-1809)

NOCHE TRISTE

*... Mihi se, non ante oculis tam clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in lute refulsit
Alma Parens.
-VIRG. AENEID. Lib. II.*

No de Artemisa el túmulo famoso,
caros hermanos míos,
de mi llanto esta vez será argumento;
ni el sepulcro de Adonís fabuloso
soñados desvaríos
me inspirara con triste sentimiento.
De otra causa me siento
íntimamente herido;
de otro objeto
me siento conmovido.

De nuestra tierna madre el triste caso,
el fatal accidente,
que la lleva a las sombras de su ocaso,
es el asunto que mi musa llora,
y el dolor vehemente
que me traspasa ahora.

Ya mi llanto en corriente,
de los cansados ojos desprendido,
a mezclarse desciende dirigido
con to que lloran vuestros turbios ojos.
A contemplar me excita la tristeza
los fúnebres despojos
de la naturaleza.

Ya el sol se apaga, y a sus luces bellas,
pregonando de Dios las maravillas,
sucede el resplandor de las estrellas.
Ya no cantan las tiernasavecillas
las dulces tonadillas
que alegraban la fuente, el bosque, el prado,
ya la noche ha llegado;
y la cara trocándose del mundo,

parece que se torna moribundo
a su primer estado.

Un silencio profundo
guardan todos los entes
de la naturaleza diferentes.
Solo el fúnebre canto
con que pasan la noche búhos roncós,
melancólico suena,
esparciendo el espanto
entre caducos troncos.

Todo conspira a renovar la pena
que siente el alma mía;
y corriéndose al punto
el velo de mi opaca fantasía,
se me pone delante
de mi copioso llanto el triste asunto.

El mayor de mis bienes ya difunto.
Desde luego mi madre... ¡Ay madre amante!
¡Ay madre la más tierna!
Tu imagen esculpida
en mi triste memoria, se hará eterna
todo el amargo tiempo de mi vida.

La noche silenciosa
parece que camina adormecida,
y como nunca ¡ay triste! perezosa.
En vano el sumo pulsa
las delicadas puertas del sentido,
si el corazón repulsa
el descanso del cuerpo apetecido.

Al dolor compelido,
mi duro lecho regare con llanto.
La cabeza reclino, y entretanto
me salta el corazón dentro del pecho.

Cierro los ojos; hiérreme el espanto;
diligencias... ninguna es de provecho
para aliviar mis miembros fatigados;
mi espíritu flaquea
con tantos pensamientos atropados;
y agitada la idea,
a mi madre parece que estoy viendo...

¡Ah! lance el más tremendo,
cuando en mortales ansias agonizas.
Tu cuerpo venerable
ya se convierte en lúgubres cenizas.

Después que una mirada,
extremo de tu angustia apoderada,
al resto inconsolable
de los hijos que cercan tus despojos
le dice ya eclipsada,
el tierno último vale de tus ojos.

De repente, por toda la morada el llanto suena,
se levanta el grito;
ya se escuchan los ayes de un Alejo,
que esparcen el dolor en el distrito;
ya un Francisco, perplejo
con el subitito mal, la vestidura
rasga a su pecho blando;
y Juana, la mujer de más ternura,
el cadáver helado está abrazando,
mientras que en dos torrentes de amargura
se van sus dulces ojos transformando.

Y tú que noticioso
del mal, que por entonces amagaba,
en camino te pones presuroso,
y llegas al ocaso donde acaba
de apagarse la luz, cuyos ardores
tuviste por mejores
que los del alto sol: di ¿qué sentiste
al saber la catástrofe mas triste?
Blas ... ¡oh!... mi dulce hermano,
tú que ennobleces el linaje humano,
porque tus sentimientos
no tiene otro hijo iguales...

¿Qué sentiste? ¡ay! ¿dirélo?... Tus lamentos
llenaron de gemidos a los vientos.
Tú dijiste a los techos celestiales,
cayeran sobre ti; y a tus querellas
parecían moverse las estrellas;
mas el Señor que cuida de tu pena,
por la cual estuviste desmayado,
tiernamente excitado,

la tempestad de tu animo serena.

Con que al fin del quebranto
procuraste piadoso
enterrar con decencia el cuerpo santo.
¡Dichoso, ¡ay! sí, dichoso
tú, que ejercitas la piedad humana!
mientras que yo privado por el cielo
de este ultimo consuelo,
a la suerte me quejo más tirana
en tan remoto suelo.

El corazón se afana ¡ay, madre mía!
suspirando tres años que pasaron
desde el postrero día,
en que amorosamente me estrecharon
los mismos brazos que contemplo yertos,
hasta el terrible instante
que a la región to lleva de los muertos.

¿Conque fueron entonces
tus postreras ternuras?
Oh penas las mas duras,
capaces de ablandar los mismos bronces!
¿Conque ya para siempre me dejaste,
amada madre mía,
y sin que yo te viera te ausentaste?

¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía!
Sobre este mismo pecho,
reclinatorio a tu cabeza santa
te hubiera el amor hecho;
y agitado al latir de tu garganta,
de los ojos saliera el llanto mío;
para templar el frío
que se fuera extendiendo
por tu afligida cara,
que otra vez me parece estarla viendo...
tal vez me consolara
en este trance fiero
con la memoria del agios postrero.

¡Miserable de mí, que no he podido
abrigar en mi seno los alientos
que exhalaban tus últimas boqueadas !
Fallece el corazón, fallece herido

con agudos tormentos.

Al dolor trastornadas
las potencias, se turban acá dentro.
Por todas partes el pavor encuentro
de imágenes sombrías,
hijas de mi cuidado,
que el acerbo dolor ha fabricado.

Ábrese ya un sepulcro cavernoso;
hórrida tumba; lúgubres bujías;
melancólica rama
de ciprés y de pálida retama
se esparce en el recinto pavoroso.

¡Aparatos funestos
Funerales me asustan ya dispuestos.
Hieren ya mis oídos
los ayes, los lamentos, los gemidos.
Tristes exequias ¡ay! ¡Qué doloroso
espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo
exequias de mi madre ¡ay !... sepultada
mi traspasado amor la esta sintiendo,
contemplando su lóbrega morada.

La turbación pesada
del letargo me vuelve:
un sudor frío me cubre
de los pies a la cabeza;
con súbita extrañeza
huye cansado el brío.

Oh, de los cielos Soberana Alteza,
que imperas las nocturnas sombras mustias,
envía ¡as deseadas
luces del alba, viendo mis angustias!
Mas que nunca pesadas
las horas se figura el alma mía,
cuando ellas como siempre van volando.

Desciende, ¡oh numen blando!
sobre mis tristes párpados, que el día
sus luces apresura
tras de la noche obscura.
Preséntate a mis ojos desvelados
con semblante risueño...

mas ¡que al contrario se presenta el sueño
a los que tiene el susto acobardados!
Miro por todos lados
de macilenta parca los trofeos.
Áridos esqueletos descarnados
ocupan los oscuros mausoleos...

¡Oh huesos a mis ojos venerables,
cuya vista me infunde
motivos de dolor interminables!
Mi ánimo se confunde,
y entre congojas vuelvo en mis sentidos,
estropeado ¡ay dolor! con tantos males.
De la espantosa noche los umbrales
ya desaparecidos,
se escuchan los acentos repetidos
de las canoras aves,
que con voces süaves
hacen a su Creador salva sonora.

A vista de la aurora
doy las gracias a Dios, de que me había
dejado ver la luz del claro día.
Mas sin dejar de ver la mas amada
imagen que en la dócil fantasía
el sueño me dejó tan bien copiada,
que borrarse no puede ya en la vida;
como cosa en el alma retratada,
y en todas sus potencias recibida.

Y así estarás ¡ay madre! en mi memoria,
que con dulces recuerdos to venera,
como estrella que lute en la alta gloria;
y mi amor que sin ti se considera,
te llora eternamente,
te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
con eterno laurel, gloriosa palma,
allí sobre los cielos se pasea,
mi turbio llanto enjuto
en mi extenuado rostro jamás sea;
porque en tu hijo se vea
que te paga, aunque corto, este tributo.